

Presentación

Marcas: tatuaje y escritura

Rodrigo Bazán Bonfil

Editor asociado

Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades

rodrigo@uaem.mx

En el *Ramayana*, Hanuman escribe en muchísimas piedras el nombre de su Señor y cuando las arroja al mar, cantándolo otra vez, éstas flotan; construye así un puente sobre el estrecho de Palk para llegar a Sri Lanka y rescatar a Sita, raptada por el demonio Ravana. Sócrates cuestiona, en el *Fedro*, la utilidad de escribir y anuncia que esta invención, lejos de agrandar el conocimiento, mermará la memoria humana y nuestra capacidad para aprender porque, preguntando a objetos que repiten siempre lo mismo, la falta de interlocución habrá de volvernos idiotas. Sabemos –porque lo escribió Sahagún después de que alguien lo narró para él– que

Huitzilopochtli nació trayendo consigo una rodela que se dice *tehuehuelli*, con un dardo y vara de color azul, y en su rostro como pintado, y en la cabeza traía un pelmazo de pluma pegado, y la pierna siniestra delgada y emplumada, y los dos muslos pintados de color azul, y también los brazos.

Alguna canción cubana, al final de los años 70, arranca con una voz poética que, llena de aparente sorpresa, dice: *cómo gasto papel en recodarte / cómo me haces hablar en el silencio...*

Hacemos, pues, marcas y nos marcamos con ellas.

Pintamos objetos. Rayamos nuestra piel. La memoria arde y vuelve. Lo hacemos para recordar o aprender y distinguir e invocar. Escribimos otra vez y, por lo que parece, hicimos todo esto desde siempre ... o, en realidad, lo hicieron *otros* y se preocuparon en dejar memoria de ello para que pudiéramos re-conocernos (como ellos pudieron) a través de nuestras señales y estigmas, ya porque las confirmamos o por deslindarnos de lo que en cada caso supongan, siempre en una relación de espejo con las muchas formas de nuestros rastros.

La preocupación no es nueva, entonces, y por eso mismo este número de *Estudios del discurso* puede no sorprender: grande es la cantidad de textos que pueden invocarse como marcas que rigen nuestras vidas –empezando por las tallas en piedra del Código de Hammurabi o el Decálogo– y escasa la posibilidad de abarcarlos todos. La diversidad de los encuadres y objetos de estudio en las colaboraciones que presentamos merece, entonces, especial atención justamente porque, evitando los “grandes” temas, lo mismo se aproximan a las prácticas sociales de “otros” desde el psicoanálisis (Querales a propósito del tatuaje) que a la justicia desde la deconstrucción (Martell); pero también al deseo y el género y la representación cultural “del amor” con perspectivas retóricas, histórico-culturales y políticas (Söllner en torno a lo *queer* como éctfrasis, Bazán sobre metáforas populares); la televisión contemporánea y la (amenazante) nostalgia de sus modelos propuestos (Taylor sobre los cuerpos masculinos en la serie *Vikingos*), la memoria sobre la violencia y su exorcismo narrativo, en el texto que Monroy escribe.

Sus espacios de enunciación redondean esta riqueza: entre quienes colaboran tres trabajan en México, dos en Estados Unidos, una en Alemania, en la única universidad católica del país. Hay tantas mujeres como varones (porque uno de ellos entregó en el último minuto; ellas eran más, inicialmente). Publicamos dos textos en castellano, tres en inglés, uno en ambas lenguas (por turnos).

Contamos, finalmente, con que marcarán a quien nos haga el honor de leerlos: más que como un tatuaje, como parte de las escrituras que nos permiten pensar en conjunto ... si no lo hacen, déjenos saberlo: preferiremos dialogar sobre ello que presumir una improbable perfección en nuestros discursos.